

Gonzalo Vial: intelectual de la realidad

LUIS ROBERT VALDÉS

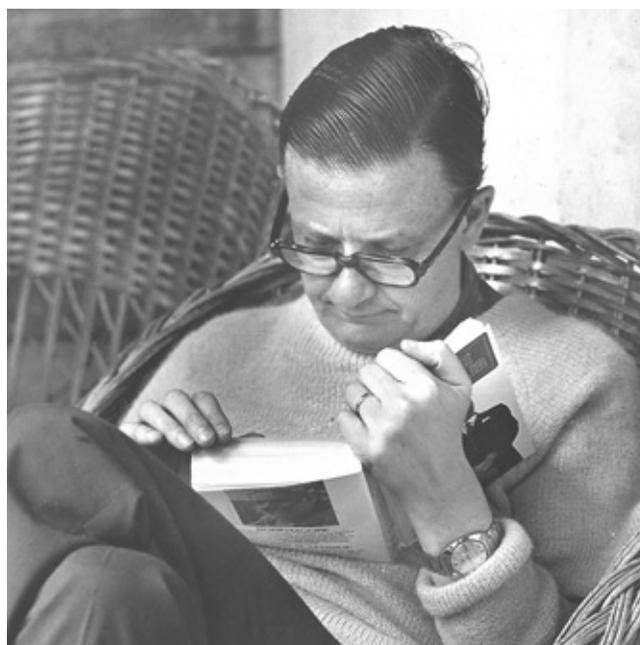
Editor, Ediciones IdeaPaís



Gonzalo Vial nació en 1930, en tiempos particularmente complejos para Chile y el mundo entero, en una familia algo retraída –según él mismo confesaba–, lo que le permitió ser un voraz lector desde niño. Al momento de elegir «leyes» como profesión –como se decía en el ambiente positivista de la época–, recordaba que había operado «por exclusión», es decir, porque no era bueno ni para las matemáticas, ni tampoco para las ciencias básicas. Así, si bien la profesión jurídica no le apasionaba –pese a ello, fue el primer alumno de su generación–, el rigor y el método de la escuela de derecho aquilataron su personalidad de historiador, aprendiendo del jurista los resortes básicos que formarían las principales cualidades que a futuro le serían de utilidad en su vida pública.

Vial fue un hombre múltiple: historiador por vocación, pero también ejerció varios «oficios laterales», como diría Gabriela Mistral. Fue periodista colegiado, abogado litigante, fundador y director de importantes revistas de opinión, columnista semanal durante largos años, ministro de Educación, sostenedor de colegios gratuitos para personas vulnerables, consejero del Consejo de Defensa del Estado y el único miembro de derecha que participó de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, también conocida como Comisión Rettig.

¿Qué indujo a Vial, teniendo todo para inclinarse por «lo privado», a meterse en los líos no siempre alegres de la política? Es seguro que el testimonio de su maestro, Jaime Eyzaguirre –al igual como León Bloy marcó a este último–, haya sido



gravitante para no quedarse de brazos cruzados mientras avanzaba el siglo y Chile «se jodía». Es posible, además, que el impulso de la generación de pensadores socialcristianos de los años treinta –de la que eran integrantes el propio Eyzaguirre, Góngora, Frei y otros tantos más– se haya traspasado a Vial, quien heredó y reconfiguró, *ad modum recipientis*, sus principales elementos.

Sin embargo, el factor clave es su apertura a la realidad, al mundo común y corriente, rasgo que es constante en todas las facetas de su vida. Según Vial, el historiador no puede poseer una visión puramente académica del mundo externo, porque ello implica abandonar el «sentido común». De ahí que sus fuentes intelectuales no siempre hayan sido totalmente «ortodoxas» desde el punto

de vista de la ciencia histórica: su estilo literario en la descripción de los hechos –es usual encontrar en sus escritos memorias y novelas de notables escritores chilenos, como el doctor Valdés Cange, Joaquín Edwards Bello o Carlos Pezoa Véliz– le valió más de alguna injusta crítica del gremio de historiadores. A Vial le importaba, más que los métodos y las referencias bibliográficas, conocer circunstanciadamente los hechos, para posteriormente dotarlos de coherencia vital. Fue, en este sentido, un gran artista de sus tiempos, lo cual le permitió captar los climas internos en los contextos en los que le tocó participar, junto con describir finamente las personalidades.

Este realismo se reflejó por sobre todo en su pensamiento político. Su idea básica, el consenso como base de la unidad nacional –con la que inicia su historia de Chile–, explica una buena parte de sus actitudes y decisiones futuras. «El consenso –decía– no es una política. Es el núcleo de sentimientos básicos y comunes, vigentes en una sociedad y un momento histórico determinados». Ello justifica, en buena medida, su notable compromiso democrático durante los años de la transición; tiempos particularmente difíciles, en que Chile necesitaba consolidar su institucionalidad política. Así, si bien fue muy crítico tanto de la derecha como de la izquierda, colaboró notablemente en la consolidación de las instituciones democráticas chilenas, en especial durante el período del presidente Aylwin.

Vial, en efecto, se convenció, antes que muchos de su sector político, de que la democracia era la única vía posible para garantizar el desarrollo de Chile. Le pareció –pese a la falta de simpatía que tenía hacia ellos en la época previa al 73– un error la proscripción de los partidos políticos emanada del régimen de Pinochet, pues, a su juicio, eran parte del «imaginario nacional», del *ethos* de la república chilena. Pero probablemente lo más destacable es su compromiso con la defensa de la vida, desde la concepción hasta la muerte natural. Vial, a pesar de su amplia y reconocida contribución en materia de derechos humanos, siempre se sintió disconforme, aun cuando es un hecho público y notorio su temprana conciencia sobre el valor de la vida humana –ya en 1975 se atrevió a levantar la voz sobre los crímenes que estaban ocurriendo–.

En tiempos en que la centroderecha busca afanosamente su identidad política, es importante detenerse en el pensamiento y figura de Gonzalo Vial. Para muchos, puede ser tentador inspirarse en experiencias políticas ajenas. La contribución de Vial es una prueba muy clara de que es posible que la derecha construya un pensamiento político desde sí misma, mirando su propia tradición, puesto que solo desde la vivencia interna se puede impulsar un proyecto colectivo realmente comprometido con el bien común de Chile. 